Informes de la Construcción Vol. 14, nº 132
Junio, julio de 1961

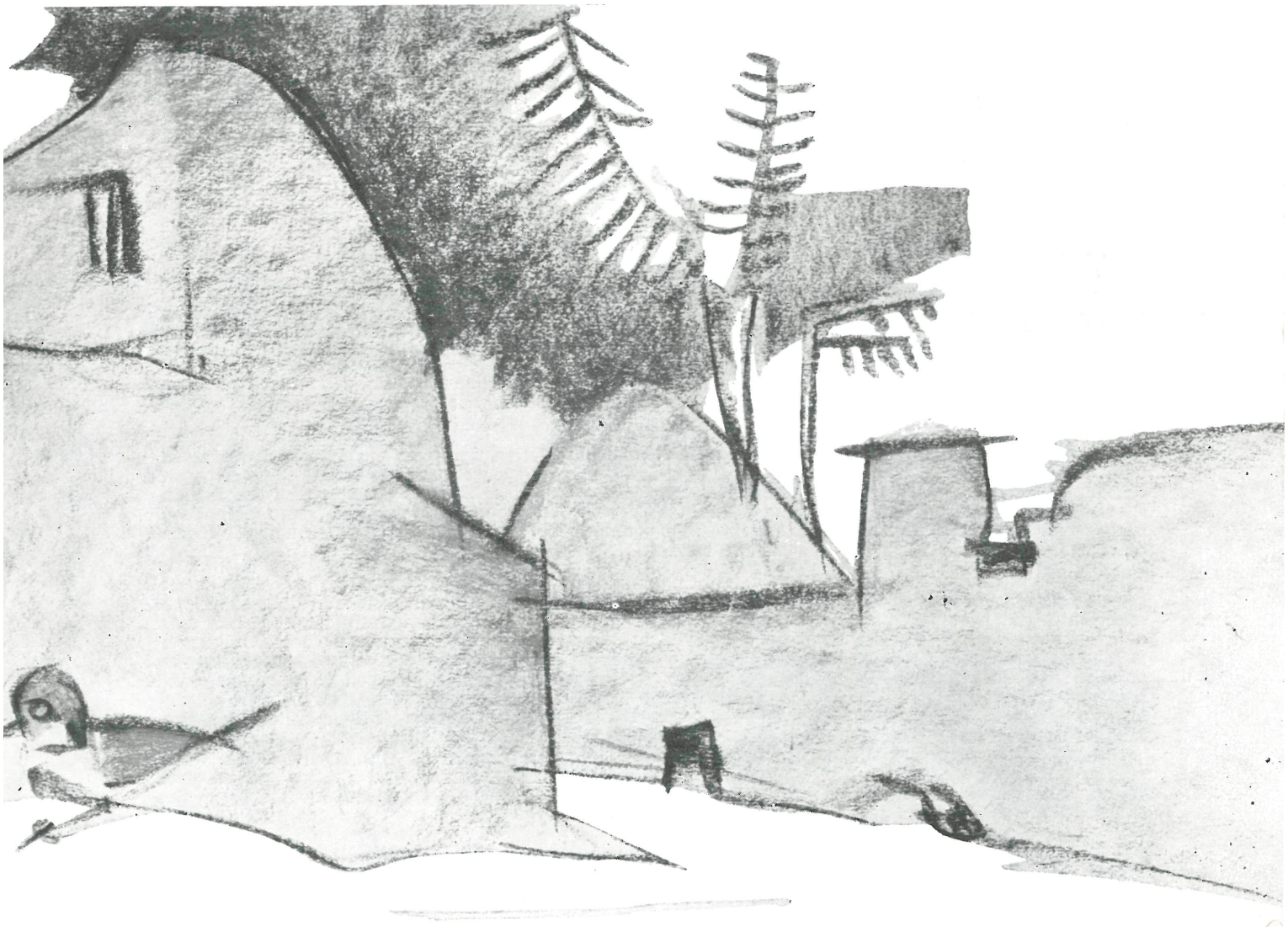
RICHARD J. NEUTRA

arquitectura y paisaje

100 - 36

El esfuerzo humano de composición no está, en manera alguna, fuera de la naturaleza. Nada transciende aquí.

Por definición, podemos decir que naturaleza es todo aquello en que pensamos, y nada es extranatural, incluso, por supuesto, el cerebro del hombre y cualquiera de sus manifestaciones y productos. Pero hablando comúnmente, hemos convenido que decir, por ejemplo, una estructura colocada por los castores o un nido construído por un pájaro es naturaleza, y su estudio parte del estudio de la naturaleza. Podemos contrastar estas manifestaciones con lo "artificioso" de nuestros edificios y la incomodidad del espectáculo urbano. Aún las más logradas piezas arquitectónicas, tales como un templo griego colocado sobre un promontorio, con el fondo azul del mar Mediterráneo, puede considerarse como un inserto extraño en el paisaje natural. Su impacto es dulcificado y absorbido, a medida que el elemento aumenta la edad; cuando se convierte en una ruina que muestra la pátina y el contacto con la atmósfera. Entonces revierte a la naturaleza, por decirlo así. Cuando los rayos solares rozan su factura humana, o las formas de las nubes cambian dinámicamente detrás de su silueta o componen variadas sombras sobre ella, nos la hacen más atractiva y armonizan mejor con el paisaje, absorbiéndose en él.



© Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://informesdelaconstruccion.revistas.csic.es

Las normas de trabajo de nuestro conjunto específicamente humano, parecen abarcar dos tendencias: primera, un esfuerzo por aproximarse a una producción propia (que fue natural, antes de empezar su transformación humana) y, posteriormente, la otra tendencia de gozar cuando esta producción empieza a ser reabsorbida en su matriz natural, envuelta por la hiedra o afectada por la acción del viento o del agua.

Algunos arquitectos van más lejos, hablando de lo que sus obras podrían parecer, siendo observadas envueltas por la noche.

Pero nosotros sabemos que los niños no los traen las cigüeñas. Los edificios están levantados sobre cimentaciones impermeabilizadas en hormigón, con detalles dimensionados de acuerdo con cálculos ingenieriles y contenidos en diversos pliegos impresos en el departamento de edificación. Cualquier pretensión de que los edificios están enraizados, o extraídos por alimentación a base de productos químicos o humedad que circula desde el suelo cual savia, o gradualmente desarrollados y exfoliados como plantas, es mejor una metáfora poética. Esto no es más que un extravío. Porque existe una diferencia de gozo, una mayor y fascinante diferencia explicable, entre una planta crecida orgánicamente y un edificio construído.

El primer fenómeno es el resultado de un silencio largamente misterioso, pero eternamente estudiado; secuencia de procesos de desarrollo como prototipo natural de lo que podría llamarse complejo de automatización y fondo de alimentación. Modelos que son repetidos desde hace años, con pequeñas modificaciones, o pruebas, que nadie antes, ni centenares de años después de Darwin, han sido capaces de explicar.

El segundo fenómeno, el de las construcciones humanas y de los insertos inorgánicos en el paisaje, ha existido en los tiempos antiguos, siguiendo suaves movimientos tradicionales. Existe, en nuestros días, una excepción y expansión de partidos e innovaciones hechas a la moda, según sea posible en cada caso, y aparecidos posteriormente en las revistas de Arquitectura.

Incluso las más suaves tradiciones del pasado han brillado rápidamente, comparadas con el lento movimiento de molino de la evolución natural, que en su mejor época ha producido variedad de productos, desde el afiligranado exosqueleto que va a través de los complicados ciclos de vida de un huevo durante su empollación, al gran rinoceronte que amamanta a su cría, o a la coreografía de las tropicales cigüeñas policromadas empeñadas en una danza nupcial, o a una colección de peces con lustre metálico en masas increiblemente coordinadas, moviéndose en su ambiente alrededor de rocas musgosas. Las formas y funciones mutuamente enlazadas son múltiples en la naturaleza, más allá de toda imaginación—no hay que ser testarudos, que no haya ficciones desagradables ni estridentes choques—: como los murciélagos, que salen en bandada de sus cuevas, en la oscuridad, sin tocarse unos a otros, sin dañar sus defensas o su piel. La masa, la *variedad* y contraste de las manifestaciones orgánicas es infinitamente mayor que cuanto el hombre ha producido, y la diferencia entre una mezquita persa y una capilla es, después de todo, menor que cuanto vemos en un corto paseo a través de un parque zoológico. En nuestros pequeños dominios, debemos esforzarnos en conseguir una paz ecológica. Planear un edificio de diversos materiales estructurales es una cosa relativamente fácil; y todos pueden permanecer allí, estáticamente inmutables, salvo por deterioro. Este propio deterioro, el "paso del tiempo", puede ser suave y perfectamente calculado en un edificio experimental de madera del antiguo Kioto, donde sobre los paramentos al sur, los pigmentos van blanqueando naturalmente por la acción de los años, mientras que en la parte norte, sombreada, los hongos crecen más oscuros. Todos estos cambios son gozados por un observador filósofo, el cual goza del correr orgánico del tiempo.

El jardín japonés requiere, por otra parte, una atención igualmente filosófica, pero en opuesto sentido: una atención a perpetuidad y permanencia, un ritualmente calculado triunfo sobre el tiempo, y una retención de proyecto para la eternidad. Todo el material, empleado en este jardín es "natural": arbustos, árboles con retorcidas raíces al aire, onduladas superficies..., coronas; de follaje se han acoplado indiscerniblemente en su crecimiento, de modo que las formas quedan tal como las proyectó y ordenó el monje budista Zen, en el siglo XII. Todo está *vivo,* no se ha modificado, *sino que está todavía en su tiempo.* Está creado así deliberadamente y mantenido para siempre con una habilidad llena de arte. En fotografía, un jardín japonés es casi una decoración natural muy diferente al euclidiano y abstracto concepto de los discípulos de Le Notre. *Pero,* verdaderamente, el propio jardín japonés es un triunfo humano de *artificiosidad.*

Sí, hay estas dos tendencias: hacer algo con natural marco prehumano y remoldearlo sensiblemente en composiciones humanas como producto de su cerebro y satisfacción emocional humanos. Este es un inquieto empuje original.

Y de nuevo en radical oposición con este principio, aparece la fatiga, fenómeno de ganancia obtenida con habilidad, abstracción regulada y perspicacia muy especialmente, reconocida verdaderamente como composición humana. Esto es, atenúa en lo supuesto "silvestre" de la naturaleza. También se encuentra satisfacción en cordiales irregularidades, si la indómita naturaleza se desliza en un cuadro o sobre un muro viejo. Para suplementar esta excelente transformación favorable, algunos proyectistas corrigen con fortuna, por medio de copias accidentales, cuanto hay de historia artificial.

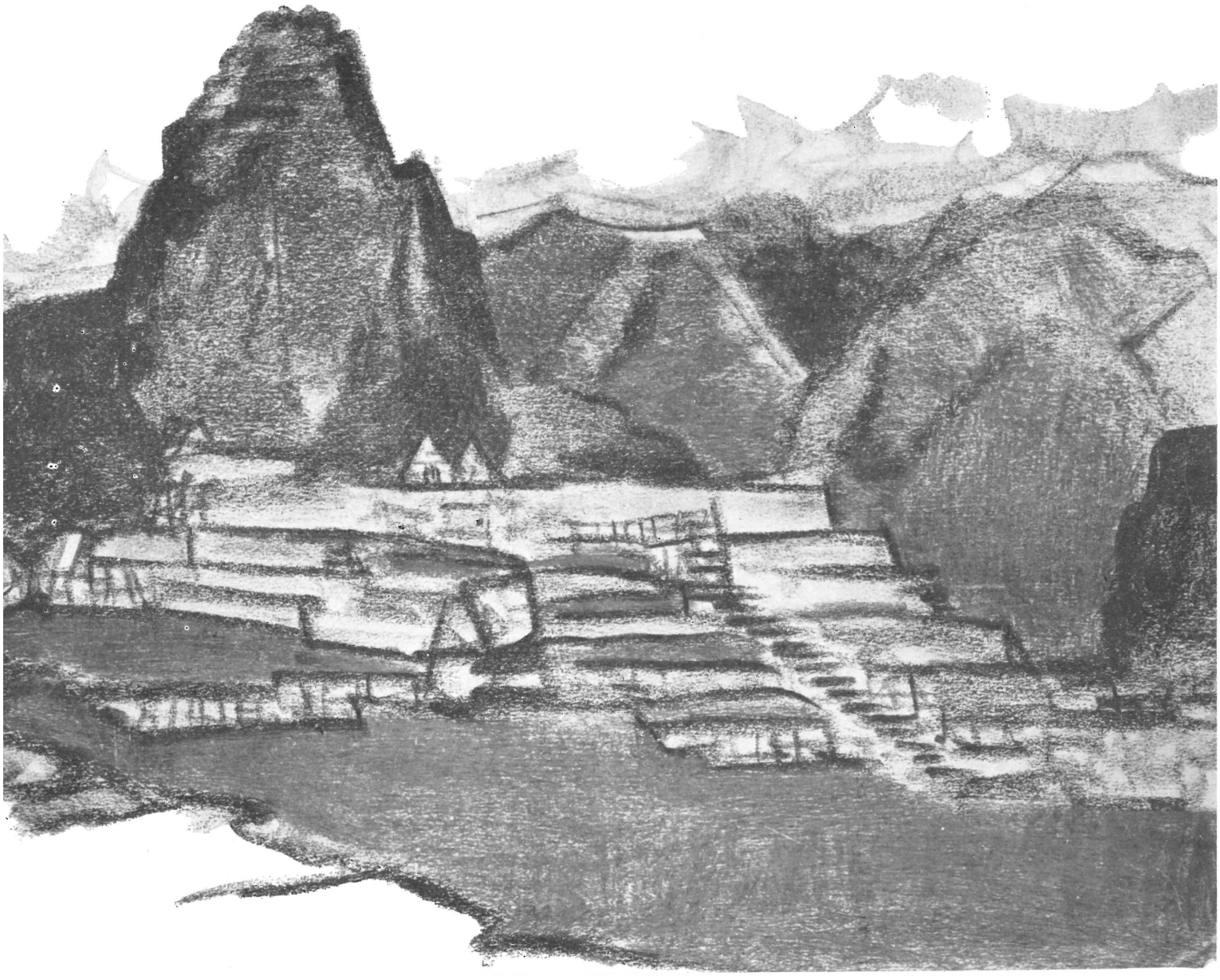
Muros de piedra, en lugares neolíticos, tales como en el Machu Pichu de los Andes, son imposibles de ser gozados, justamente porque son antiguos o voluntariamente formados de manera original. Ellas, su colosal selección de piedra—superficie de continuidad sofocante y de increíble compacidad sin juntas—, han sido milagros de perfección humana, mucho antes que la rígida geometría de la pirámide de Cheops, añadida a la humana artificialidad y su significado específico. Su perfecta permanencia, entonces y después, fue un práctico y filosófico propósito de composición, una expresión deliberada, en contraste con el espectáculo orgánico cambiante según las estaciones, las generaciones o los milenios. El hombre, el compositor, deseó añadir algo de su propiedad y se centró en su marcha hacia resultados minuciosamente anticipados. Cuando Mozart creaba un cuarteto, sabía exactamente cómo sonaría desde cualquier ángulo. Uno puede fotografiar varios edificios corrientemente sensacionales y comprobar cómo gran parte se dejó al azar, y el azar lo acabó más extrañamente que agradablemente. Pero un edificio actúa sobre nosotros, sobre nuestros nervios, como vértebras desprendidas. Está firme sobre nuestros flexibles tejidos y trabaja largamente, hasta que, por fin, es destruído o se rompe en pedazos. Parece la recíproca "entrega" de la vegetación. Nuestro jardín es más

© Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc) http://informesdelaconstruccion.revistas.csic.es

amable para nosotros y menos que una hebra rígidamente abstracta y duradera para nuestra propia naturaleza. Evidentemente, la arquitectura es siempre un asunto de inversión larga, bien sea motivado por algo económico, ritualmente, o simplemente una espina en nuestra carne, difícil de desembarazarse de ella. Pero de nuevo puede ser una roca duradera, como una amarra tranquila y un freno al lado del agitado mar abierto de las corrientes de la vida. La adaptación al paisaje hará nuestro anclaje más rico en sus agradablemente burlas duraderas para nosotros.

En el paisaje arquitectónico se utilizan largamente materiales vivos, y son los más queridos para nosotros los que más nos relacionan con experiencias originales del hombre en medio de un ambiente orgánico de clima suave, antes que el viento frío del último período glacial le conduzca y su rudimentaria cultura en las cavernas y prácticas cavernícolas le escuda del trauma invernal. El jardinero añora el paraíso, el lugar sin inquietud de resguardo, el espacio libre sin estáticos esfuerzos, el amplio paisaje abierto, donde los colores y estímulos cambian desde la salida a la puesta del sol, desde la caída de la primavera, y donde ningún muro de papel, una vez seleccionado, debe estar con vosotros sobre período de amortización.

El arquitecto no puede nunca ayudar o plenamente evitar este fatigante fenómeno de igualdad estática mientras el habitante está vivo y continuamente siente, en sí mismo, su orgánico proceso de desarrollo. El proyectista exterior mira el desarrollo vegetal y las satisfacciones del cambio dinámico nunca acabado, son los ayudantes mayores esenciales del arquitecto y será respetado por él en toda decisión original e inicial. Ambos deben saber en qué lugar del hombre se halla la respuesta al estímulo natural y de dónde procede, y después, saber la ley del "mnémico" parentesco de toda materia orgánica—tejidos, músculos, glándulas, sentidos y nervios—*de lo que fue*. No debemos buscar más. No debemos seguir este camino. Es "mnémico" antes y después de nuestro nacimiento. La retención mnemotécnica no ocupa simplemente un lugar en nuestro cerebro, sino que opera en todas nuestras células, en toda nuestra entidad. Nuestro pasado ha trazado en nosotros el sendero del futuro.



© Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://informesdelaconstruccion.revistas.csic.es

El hombre, la mujer y el niño no deben nunca olvidar que están envueltos por la Humanidad, incluso si en seis siglos ocuparon un espacio fijo sobre un país seco de la tierra y nosotros transportáramos, en un cohete, la población excedente hacia una colonización interplanetaria.

Todo puede ir de prisa; ¿qué son seis siglos? Ni siquiera diez milenios desarrollarían una acusada y duradera modificación de nuestro metabolismo.

El ayudante más joven y radical de la firma, el arquitecto no debe nunca "absorberse en el Progreso", salirse por la tangente en desatenciones, lo cual es biológicamente soportable o factible a largo plazo. El jardinero y el hombre de plantas conoce intrínsecamente más acerca de esto y nunca puede por completo deshacerse de algún destello de creación.

No podemos siquiera concebir o apreciar lo mucho que pueden cambiar los propósitos en la naturaleza. La más rústica ficción de la ciencia que nosotros gozamos es como una pareja de amantes en la luna que intentan besarse a través de la careta de oxígeno. Pero si no nos interesara siquiera especular sobre los amantes, que no tienen ningún latido, ninguna producción de oxígeno, ninguna descarga glandular, la historia simplemente no tendría éxito.

Debemos aferrarnos a la Naturaleza para estar interesados en vivir y sobrevivir.

La Arquitectura no es un arte abstracto, sino fisiológicamente concreto, concretísimo, impulsivo, por decirlo así, no, no un entretenimiento distinto. El paisaje va enlazado y unido a la Arquitectura desde los primeros tiempos de la Humanidad.

El deleitarse uno ante una orquídea o una flox, ante el color y la forma, es mucho más antiguo que la satisfacción ante la estática numerología de millones de pies cuadrados y de dólares que se han movido en nuestras transacciones arquitectónicas, en ambas partes del atuendo político, desde Detroit hasta Kiev. Un ingeniero ruso ha defendido que una ramita de lila puede estar sobre una plataforma en el espacio y ha estudiado minuciosamente cómo alimentarla hasta allí, en extrañas condiciones, y evitar que se marchite. La vida y los pensamientos estarían grises en la plataforma espacial, si no tuvieseis siquiera una ramita de lila. Es un común denominador a toda criatura.

La base del proyecto es el discernimiento, y estas respuestas estaban grabadas en nuestro cerebro, antes y después de nuestro nacimiento y corren sobre un original y sutil vehículo que nosotros consideramos seriamente, para ser médicos de éxito, o falleceremos con el corazón roto. No debemos salirnos del camino, hacia la hojarasca de meras sensaciones artificiosas porque ellas parezcan técnicamente factibles y comerciablemente explotables a corto plazo. Nuestro compañero, el paisaje humano, sabe mejor que no puede vigorizarse la naturaleza. El primitivo equilibrio natural del espectáculo orgánico se repite mejor en el jardín, y la más maravillosa invención de arquitectura estática quizá fue la ventana en el jardín. Siempre necesitaremos una ventana en medio del dinamismo de la naturaleza, que es por donde vamos, sin ser, en cualquier caso, capaces de dejarlo realmente. Nosotros arrugamos y marchitamos aparentemente este contexto. El proyecto debe ser para esto, para detener nuestra vitalidad en nosotros mismos y sobrevivir.

© Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc) http://informesdelaconstruccion.revistas.csic.es